

Si Israel es la respuesta, ¿cuál era la pregunta?

A sesenta años de la creación del Estado de Israel, Avishai Margalit se hace una pregunta pertinente: ¿a qué responde el sionismo? Más allá de las respuestas consabidas, dice, la nobleza del proyecto sionista puede desaparecer si el nacionalismo mesiánico se sale con la suya.



Cuál fue la pregunta de la que Israel es la respuesta? ¿Es Israel una buena respuesta? Hay dos insinuaciones habituales y opuestas en la respuesta a estas dos preguntas. Una dice: Israel siempre fue una respuesta a la existencia problemática de los judíos en el exilio; la otra dice: Israel fue una respuesta al Holocausto. Ambas respuestas son engañosas desde un punto de vista histórico. Yo propongo una tercera respuesta que creo que es válida históricamente. Pero antes, examinemos las dos respuestas engañosas.

La primera, que dominó la historiografía sionista, dice sucintamente: el problema era el exilio y la respuesta era el regreso al hogar nacional, e Israel es el hogar nacional.

Los judíos fueron expulsados de su hogar nacional, sufrieron enormemente como eternos extranjeros, incluso en lugares en los que habían vivido durante generaciones. La historia de los judíos es la historia de la persecución: una humillación profunda sumada a la amenaza existencial. La única respuesta viable al sufrimiento de los judíos era su regreso al lugar que incesantemente han anhelado durante los largos años de exilio. En esta narración, la vida judía está

destinada a cumplir un plan preordenado, cuyo objetivo es el regreso a *Eretz Israel* (la Tierra de Israel).

El sionismo moderno no es más que una manifestación más del largo anhelo y esfuerzo de los judíos por regresar al hogar nacional y establecer un Estado independiente. En resumen, el sionismo moderno es un esfuerzo político moderno que responde a una vieja pregunta con una respuesta vieja. El elemento nuevo es el éxito del sionismo moderno para hacer la respuesta sostenible por medio de la creación del Israel moderno: un Estado judío que en estos días celebra su sexagésimo aniversario.

La narración sionista de la historia magnificó todos los esfuerzos pasados para establecerse en la tierra de Israel. Incluso casos de un alcance minúsculo fueron magnificados fuera de toda proporción para demostrar el incesante anhelo y esfuerzo de los judíos por redimirse de las aflicciones del exilio mediante el regreso a Sión. Sión era el nombre de una montaña y una fortaleza cercanas a Jerusalén que la Biblia convirtió en una metonimia poética de Jerusalén, al principio, y después de toda la Tierra de Israel. El sionismo, en este relato, es simplemente el nombre del anhelo y el esfuerzo de los judíos, en todos los lugares y todos los tiempos, por volver a Sión.

Es una visión inclusiva: incluye a los judíos bajo dominio islámico así como a los judíos bajo dominio cristiano.

Esta idea inclusiva del sionismo requiere una reelaboración. Los judíos del mundo se dividen en dos grandes subgrupos: los judíos sefardíes y los judíos asquenazíes. Sefarad es el nombre hebreo medieval de España, y Asquenaz es el nombre medieval hebreo de Alemania.¹

En el sentido más estricto, un judío sefardí era un judío originario de España y Portugal. Pero adquirió un ámbito mucho más amplio y ahora se refiere también, o incluso de manera principal, a los judíos de origen árabe o iraní. Por lo que respecta a los judíos asquenazíes, se refiere a los descendientes de judíos alemanes que emigraron durante la Baja Edad Media, especialmente a la Europa del Este y Central, y a sus descendientes.

La división entre los dos subgrupos es en parte religiosa (cada grupo tiene costumbres religiosas distintas), en parte cultural (el idioma de los judíos asquenazíes era sobretodo el yidish) y en parte étnica. Si en el siglo XXI el 97% de los judíos del mundo eran sefardíes, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial un 92% de los judíos del mundo eran asquenazíes.

Según el punto de vista inclusivo, los judíos a ambos lados de la división eran sionistas. El cambio en las cifras de ambos subgrupos tiene poco que ver con el punto fijo de la vida judía: que los judíos son desgraciados en el exilio y desean redimirse en su tierra histórica. Los asquenazíes y los sefardíes eran protosionistas, es decir, sionistas premodernos, pero sionistas de todos modos. La amarga ironía es que aunque la historia sionista debía ser por completo inclusiva, los judíos sefardíes sintieron que estaban siendo inmerecida y sistemáticamente marginados en la historia sionista. Regresaremos a eso más tarde.

La narración sionista transmite una potente visión de la historia y la vida judías, y tuvo una inmensa influencia sobre la imaginación y las acciones sionistas. La pregunta es: ¿Es una historia cierta desde un punto de vista histórico?

La narración sionista presentaba algunos hechos importantes de manera correcta. Los judíos de la Diáspora tuvieron durante mucho tiempo una percepción “nacional” y no sólo religiosa del pueblo judío. Los judíos no son una invención moderna de una tradición. También es cierto, sin lugar a dudas, que en la larga historia de los judíos éstos expresaron un anhelo de la Tierra Santa como su tierra prometida. Cuando los judíos rezaban para que lloviera, lo hacían para que lloviera en Israel, y no en España.

Pero la historia sionista es engañosa. Combina el anhelo de Sión, una nostalgia pasiva, un deseo melancólico, con el esfuerzo, que es un intento activo, una manifestación de

voluntad nacional, una disposición a la lucha. El esfuerzo se ve acompañado de un intento energético real y no sólo de rituales nostálgicos.

El sionismo político moderno es un verdadero esfuerzo, mientras que el viejo anhelo religioso era prácticamente una negación escapista del esfuerzo. Los judíos se establecieron en todos los rincones del mundo, pero parecieron evitar hacerlo en la Tierra de Israel casi deliberadamente. A mediados del siglo XIX había unos 45.000 judíos en Afganistán, pero considerablemente menos en la Tierra de Israel (Palestina).

La historia sagrada de los judíos está saturada de la esperanza mesiánica de su redención por medio de un acto de intervención divina: un acto que provocará la reunión de los exiliados en Sión. El tiempo mesiánico debe suceder en el tiempo histórico y no en el reino por venir. Pero lo cierto es que no sucederá por medio de un acto de mera iniciativa humana. Será un acto revolucionario inspirado divinamente, que cambiará la inhóspita realidad al instante y creará el armonioso reino de Dios en la tierra, con los judíos en su centro.

De vez en cuando, en la historia judía, se produjeron erupciones de energía mesiánica lideradas por pseudomesías que prometían mostrar el camino a la Tierra Prometida a los judíos ignorantes. Un judío iraquí del siglo XII, David Alroy, inició una revuelta contra el sultán Seljuk y prometió a sus seguidores, la mayoría de Bagdad y Mosul, que recuperaría Jerusalén, pero fue decapitado por la espada del sultán. En el siglo XVI apareció otro mesías, un enano carismático y egocéntrico llamado David Reubeni que logró tener como seguidor a un joven marrano de alta cuna, Diego Pires, que tomó el nombre hebreo de Shlomo Molco. Ambos trataron de conseguir el apoyo del papa Clemente VII para crear un reino judío en Palestina, pero su historia acabó mal: el medio místico Molco, en la hoguera, y el medio aventurero Reubeni, en manos de la Inquisición de Llerena.

Estos mesías de medio pelo fueron tratados mal por la memoria de los judíos religiosos, fueron considerados impostores que crearon unas esperanzas peligrosamente elevadas, pero fueron tratados con bastante amabilidad por la historiografía sionista. Fueron percibidos, por los sionistas, como líderes que expresaban las aspiraciones nacionales de los judíos y heraldos del sueño sionista moderno de crear un Estado judío soberano en Sión. Los pseudomesías dieron fe de la afirmación de que los judíos siempre tuvieron el plan redentor de crear un Estado judío y se esforzaron siempre que pudieron por cumplir ese sueño aunque en ocasiones parecieran patéticos.

La ideología histórica sionista no es muy distinta de las demás ideologías históricas. La ideología histórica del comunismo soviético acostumbraba a presentar las antiguas revueltas campesinas de los siglos XVII y XVIII lideradas por Razin, Bulavin o Pugachev como heraldos de la gran Revolución

¹ Estos dos nombres, Sefarad y Asquenaz, aparecen en la Biblia pero con referencias muy distintas.

de Octubre, lo que demostraba la inflexible resolución de los oprimidos de emanciparse. Las historias de redención, sean religiosas o seculares, contemplan la historia como el desarrollo de un plan. Puede ser el plan de Dios o el plan de la astucia de la historia. El significado completo del plan sólo se revela cuando se consigue el objetivo de redención; una redención que puede ser Israel, Jesús en la cruz o la Rusia soviética. Y sin embargo, destellos del plan en desarrollo siempre preceden al acto de redención: Adán prefigura a Cristo, los movimientos mesiánicos prefiguran el sionismo moderno revolucionario. El significado completo del plan redentor sionista está a la vista de todo el mundo una vez nace el Estado de Israel.

Esto es un cuento, no historia. La historia no es un campo de batalla en el que completar planes redentores predestinados. Puede haber algo de cierto en esos cuentos, y en el caso de la historia judía hay bastante. Pero no es ni mucho menos la narración que puede explicar el sionismo moderno y a Israel como su encarnación histórica.

Hay una narración alternativa raramente contada por los judíos según la cual Israel es una respuesta a la destrucción de los judíos europeos en la Segunda Guerra Mundial. El mundo se sentía culpable por el Holocausto y decidió ayudar a los judíos que sobrevivieron a crear un Estado propio en Palestina. De modo que Israel, según ese relato, es una respuesta a la pregunta de qué hacer con los judíos que quedaban en Europa. Fue una mala respuesta, pues se llevó a cabo a expensas de los palestinos, a los que les robaron su tierra pese a no ser responsables de lo que les sucedió a los judíos en Europa. Ésta es una versión demasiado ideológica, muy popular entre los detractores de Israel. Tiene poco valor como historia crítica. Sin embargo, tiene algo de cierto. El apoyo de dos tercios de Naciones Unidas, en 1947, a establecer un Estado para los judíos en Palestina, junto a un Estado para los árabes de Palestina, sin duda se vio influido por la destrucción de los judíos europeos a manos de los nazis, que seguía fresca en la memoria.

El sionismo, como movimiento político dedicado al establecimiento de un Estado soberano en la Tierra de Israel, no es algo que se iniciara justo después de la destrucción del Templo de Jerusalén por los romanos (la generación posterior a Jesús) ni un movimiento posterior al Holocausto.

Si tenemos que referirnos al acontecimiento que dio pie al sionismo moderno, deberíamos hallarlo en los pogromos contra los judíos en el sur de Rusia de 1881. Tuvieron lugar después del asesinato de Alejandro II, el zar de Rusia. El número de judíos asesinados en esos pogromos es pequeño en comparación con lo que sucedería años más tarde. El pesimismo judío, de sanos y enfermos, debería haber preparado a los judíos a aceptar ese acontecimiento como uno más en una cadena de desastres. Pero la ola de mejoras que llegó a los judíos incluso en la Rusia zarista creó la

ilusión de que esas cosas ya no podían seguir sucediendo. Después del Holocausto a uno puede sorprenderle que a los judíos les conmocionaran los pogromos rusos. Pero así fue. Hubo otra conmoción en la vida de los judíos, anteriormente, con su expulsión de España el año en que Colón descubrió América.

Los judíos estaban siendo expulsados sistemáticamente de la Europa occidental desde antes. Con todo, la expulsión de España fue muy sentida por los judíos debido a que su éxito en ese país creó la impresión de que eran invencibles. Sólo puede compararse a la conmoción que habría provocado una expulsión de los judíos de Estados Unidos de haber tenido lugar.

Ambos acontecimientos, la expulsión de España y los pogromos de 1881 y 1882 fueron influyentes en la vida judía y tuvieron efectos duraderos.

Israel es uno de los postergados y duraderos efectos de esos acontecimientos en la Rusia zarista de los que los pogromos fueron un síntoma. Otro efecto duradero, pero también inmediato, fue el establecimiento de la mayor y más próspera comunidad judía que jamás haya existido: la comunidad judía en Norteamérica.

Los judíos de la Baja Edad Media fueron expulsados de la mayor parte de la Europa occidental y no se les permitió establecerse apropiadamente en Rusia. El único país en el que los judíos fueron bienvenidos fue el gran Reino de Polonia y Lituania, que estaba en su mejor momento y era, en el siglo XVI, el país más grande de Europa. Es en esta parte de Europa donde se concentraron dos tercios de los judíos. Después de la decadencia de Polonia y su partición, la mayoría de judíos quedó bajo el gobierno del zar de Rusia. Fueron confinados a la Zona de Asentamiento, la frontera occidental de la Rusia imperial.

En el siglo XIX tuvo lugar un cambio radical en la demografía judía. Si al principio del siglo había unos dos millones y medio de judíos en el mundo, y dos de ellos en Europa, al final del siglo había unos once millones y medio, más de la mitad de ellos bajo el régimen del zar ruso. La mayor parte de los judíos vivían en pequeños pueblos (llamados *shtetl* en yidish). Con el avance del capitalismo los judíos perdieron su viejo papel semifeudal como intermediarios entre terratenientes y campesinos y se vieron severamente constreñidos por los gobernantes para asumir nuevos papeles económicos. La vida en la Zona de Asentamiento era dura y estaba asolada por la pobreza. Los judíos eran un objetivo fácil para los actos hostiles de unos vecinos en una competencia cada vez mayor que trataban de expulsar a los judíos de su papel de intermediarios. La explosión demográfica tuvo dos grandes efectos en la vida judía: un movimiento de pequeños pueblos a ciudades y la migración de Europa del Este a Occidente, especialmente América.

Los judíos (un 10% de la población en Polonia) se con-



Ilustración: LETRAS LIBRES/Evo

virtieron en urbanos. Por ejemplo, el 30% de la población de Varsovia antes de la Segunda Guerra Mundial era judía, en Lublin un 35% y en Pinsk un 63%. Es en el seno de este inmenso movimiento de los judíos, en el Este de Europa y fuera de él, con su deseo de establecerse en la Tierra de Israel (Palestina), donde debería contemplarse el sionismo.

Dos de los cinco millones de judíos de Rusia la abandonaron y se establecieron en Occidente. Un millón y medio emigró a Estados Unidos. Sólo un número minúsculo de judíos emigró a Palestina, unos cuarenta mil. Pero esta pequeña vanguardia creó una revolución trascendental en la vida de los judíos. Los que emigraron a Palestina eran jóvenes, adolescentes y veinteañeros. Era una cruzada de niños. Estos chicos llevaron consigo una revolución cultural de la que es emblema el renacimiento del hebreo, así como una revolución política, de la que sería emblema, más tarde, la creación del Estado de Israel.

Muchos judíos de la Europa del Este que se dieron cuenta de que su vida allí no tenía esperanza se preguntaron a dónde ir y se respondieron: América. No muchos judíos respondieron: Palestina (*Eretz Israel*). Con todo, había una gran diferencia entre la pregunta a la que los judíos respondieron “América” y la pregunta a la que los sionistas respondieron “Palestina”. Los que fueron a América entendían que la pregunta era: ¿A dónde debo ir? Para un sionista que acabó en Palestina la pregunta era: ¿A dónde debo ir yo y el resto del pueblo judío? O más bien: ¿A dónde debería ir para prepararle el camino al pueblo judío?

Había otra pregunta a la que la respuesta era *Eretz Israel*. La gente religiosa preguntaba: ¿Dónde debo morir? O más bien: ¿Dónde debo ser enterrado? Para algunos la respuesta era la Tierra Santa (donde la resurrección de los muertos en el fin de los días ocurrirá primero). Los sionistas preguntaban dónde debían vivir y dónde no y dónde debían morir. (“Vinimos a nuestra tierra a construir y ser construidos”, decía un famoso verso de una canción sionista.)

La pregunta y la respuesta sionistas no eran solamente una reacción a acontecimientos externos como los pogromos. Era también una reacción a una oleada sin precedentes de autocrítica en el seno de la vida judía. La emancipación judía en la Europa occidental es un producto de la Revolución Francesa. Con la emancipación emergió un movimiento de ilustración judía, y con éste la autocrítica judía. La autocrítica adoptó, en no pocas ocasiones, el punto de vista de los gentiles, incluido el punto de vista antisemita. Los judíos interiorizaron sus críticas y se trataron a sí mismos como una nación enferma que llora desesperadamente a la espera de una curación.

¿Cuál era la enfermedad de los judíos, cuya curación era, para los sionistas, Israel? Había muchos médicos entre los sionistas, y disponían de diagnósticos muy diferentes. Los sionistas laboristas, es decir, los socialistas del movimiento sionista, consideraban que era la falta de trabajo productivo y la lejanía de la tierra lo que hacía que los judíos carecieran de raíces y estuvieran lejos de la naturaleza. Estaba la derecha revisionista que consideraba que la falta de un poder militar durante gene-

raciones había hecho que los judíos carecieran de orgullo. De modo que los sionistas laboristas creían que la curación era trabajar la tierra y los revisionistas creían que el ejército judío era la panacea. Había algo estúpido y cruel en considerar a los judíos un pueblo enfermo. Además, la ironía es que la transformación profesional que los judíos urbanos experimentaron durante la modernidad les convirtió tal vez en la gente más adaptable para funcionar en la sociedad moderna, mientras que las fantasías a lo Tolstoi de curarse mediante el cultivo de la tierra fueron, finalmente, más una causa de fricción con los campesinos árabes en Palestina que una curación para los judíos. En todo caso, Israel iba a ser una curación para una enfermedad crónica y no la mera consecución de un programa político.

La pregunta sionista a la que Israel era una respuesta no era meramente: ¿En qué territorio deberían establecerse los judíos? Ni siquiera se trataba de la pregunta de si los judíos deberían establecer un Estado soberano para ellos. Se sugirieron muchos territorios a los judíos. La pregunta era en qué tierra podrían los judíos formar una nueva sociedad judía, diferente en aspectos fundamentales de las que tenían en el exilio. Y en qué tierra podían los judíos crear una cultura hebrea moderna, una cultura expresada e informada por el idioma hebreo, el idioma de la Biblia.

La idea era crear una cultura judía moderna en el viejo idioma, que es significativo para los judíos pero que difiere de sus lenguas del exilio. El principal idioma que competía con el hebreo era el yidish, el idioma que hablaba una inmensa mayoría de los judíos. La idea tomada de la Ilustración judía era que el hebreo, el “latín” de los judíos, reviviría como parte de una cultura moderna. El hebreo sería un puente entre el glorioso pasado bíblico en el que los judíos moraban en su tierra y el esfuerzo moderno de revivir y crear una cultura judía moderna. Los sionistas, con todo, tenían razón al creer que la cultura hebrea, centrada alrededor del idioma hebreo, sólo puede tener lugar en el seno de una comunidad judía que viva en la tierra que invocan los recuerdos bíblicos, y será un contraste a la cultura judía en la Diáspora. De hecho, el renacimiento del hebreo en Israel y la creación de una vibrante cultura hebrea es un asombroso éxito del movimiento sionista. Me parece mucho más impresionante que la creación del Estado mismo.

La pregunta sionista a la que Israel fue la respuesta no era la conocida pregunta judía: ¿A dónde ir en tiempos de problemas? La pregunta era a dónde ir para que podamos ser libres y crear y mantener una cultura nacional en hebreo alrededor de la cual se pueda construir una nueva sociedad judía y una vida judía moderna. Ésa era una pregunta nueva y revolucionaria. La respuesta llamaba a la acción revolucionaria en la vida de los judíos en lugar de esperar al mesías.

¿Por qué la cultura se convirtió en una preocupación tan importante para los sionistas?

El tópico metafórico de que las “murallas” del gueto judío

estaban cayendo tenía mucho de realidad. La cultura judía era una cultura centrada en el texto. En el centro estaban los grandes textos del judaísmo rabínico: el Talmud.² La Ilustración, el modernismo cultural y el capitalismo tiraron por tierra los viejos muros metafóricos. Algunos optaron por la asimilación en la más amplia cultura dominante de sus vecinos europeos, otros optaron por lo contrario: rechazo total al modernismo y creación de murallas más altas alrededor de la vieja cultura religiosa. Ésa fue la postura de la ultraortodoxia. Muchos vagaron sin un objetivo. Algunos trataron de crear una cultura judía, una cultura proletaria en el idioma de los judíos, es decir el yidish, y trataron de vincular esta cultura con un movimiento liberador más amplio, es decir el socialismo. Eso fue lo hecho por el importante movimiento judío Bund.

El sionismo, que fue acaparado por su rama socialista, no creía que en Europa hubiera esperanza para la vida judía, y sin duda tampoco para vencer el intenso antisemitismo de la época. La vida judía, creían, necesitaba un nuevo inicio en un lugar nuevo-viejo. (De hecho, Theodor Herzl, el visionario sionista, llamó a su utopía sionista *Altneuland*, la tierra nueva-vieja.) Para un nuevo inicio se necesitaba romper con la vida del exilio, crear una contracultura que retuviera la relación con la historia judía. El hebreo, el idioma viejo-nuevo, fue elegido con este fin. Estaba vinculado con la historia sagrada de los judíos, pero al no ser utilizado activamente podía ser resucitado con un contenido moderno.

Los sionistas, que reconocían la libertad de que gozaban los judíos en América, no creían que allí pudiera florecer la vida judía. Creían que en América los judíos sólo podían recordarse como una nostálgica comunidad de la memoria, y que, de todos modos, eso sólo sería posible mientras siguieran con vida quienes tenían recuerdo de la vieja vida judía. La cultura judía se evaporaría al desvanecerse la memoria. De ahí la necesidad de crear una nueva sociedad viable con una cultura que mirara al futuro y no fuera una simple comunidad de la memoria.

La tierra de Israel fue el lugar escogido e Israel fue la respuesta a esta aspiración.

El asentamiento sionista en Palestina llevaba consigo la idea de lo viejo-nuevo. Éste es un hecho importante tanto en la geografía sionista como en su historia. La Biblia nos dice que los israelitas bíblicos llegaron a la tierra prometida desde el Este, cruzaron el río Jordán y se asentaron en el risco montañoso y los valles de Judea y Samaria. Al oeste de la tierra santa, en la costa mediterránea, moraban otras naciones, especialmente los filisteos, los enemigos mortales de los israelitas. Los judíos, en su larga historia, apenas poblaron esa parte del país. Pero ésa es la parte del

² Escrita principalmente en arameo, el idioma de Jesús, y con texto hebreo incrustado, la Mishna y versos de la Biblia hebrea de la que el Talmud es un comentario.

país en la que ahora vive un 80% de la población de Israel. Hay ahí una paradoja. El asentamiento sionista no fue en la tierra bíblica: fue en la tierra de los filisteos. La idea era instalarse cerca de los viejos símbolos, pero a una distancia segura de los lugares simbólicos. La esperanza era instalarse en lugares que permitieran crear una nueva sociedad. Tel Aviv, un lugar sin historia bíblica, es el símbolo del asentamiento sionista, no Jerusalén. Los asentamientos sionistas estaban cerca de los símbolos, pero no en los símbolos. Esto ha cambiado completamente después de las guerras de 1967 y, especialmente, la de 1973. Los israelíes, llevados por un nacionalismo mesiánico disfrazado de sionismo, empezaron a instalarse en los símbolos y, así, crearon una dinámica de ocupación y subyugación de los árabes palestinos. En lugar de dos Estados para dos pueblos en la Tierra de Israel / Palestina, se creó una entidad política dominada por los judíos. Si sigue así será el fin del sionismo y el fin de Israel como respuesta a las aspiraciones de los judíos.

A Zhou Enlai le preguntaron una vez: “¿Fue un éxito la Revolución Francesa?” “Es demasiado pronto para saberlo”, fue su famosa respuesta. Ésta es la visión a largo plazo. ¿Fue un éxito la revolución sionista? ¿Es Israel, su creación, una buena respuesta a la grave situación de los judíos? Su fundador Herzl tuvo el improbable sueño de establecer un Estado de los judíos en un territorio en el que prácticamente no había judíos, en un territorio que era gobernado por los grandes poderes de la época, Turquía y, más tarde, Gran Bretaña. Después de cincuenta años (el primer congreso sionista tuvo lugar en 1897, en Basel) el movimiento sionista consiguió establecer un Estado con sólo 650.000 judíos. Sesenta años después hay seis millones de judíos en Israel que tienen el hebreo como lengua principal.

Pero hoy Israel está atrapado. Si Israel no es capaz de sacarse a sí mismo como Houdini de los territorios ocupados, el sionismo puede acabar no siendo un proyecto noble sino una calamidad moral.

He mencionado la respuesta sionista a la grave situación de los judíos como una reacción, principalmente, a acontecimientos sucedidos en la Europa oriental, pero ¿qué hay de los demás judíos, los judíos en la Europa occidental y los judíos que viven en países islámicos? He hablado del yidish como la lengua de los judíos que sería sustituida por el hebreo, pero ¿qué hay del ladino y las 36 otras lenguas habladas sobre todo por los judíos sefardíes? ¿Es mi relato una historia del Mayflower asquenazí que margina a los demás?

Creo que no. En primer lugar, veamos Europa occidental. Muchos de los sionistas en la Europa occidental eran inmigrantes judíos de la Europa oriental que llevaban consigo el equipaje de su generación. Con todo, había sionistas en Occidente, partidarios de los viejos tiempos. En muchas ocasiones eran sionistas filantrópicos. No creían que

el sionismo les concerniera personalmente, pero les parecía una buena idea mandar a los judíos de la Europa oriental a Palestina. Esto, por supuesto, es una inmensa simplificación de una compleja actitud, pero hay suficiente verdad en ello para exponerlo de esta manera sucinta. Por lo que respecta a los judíos orientales, los judíos de comunidades islámicas, ya he mencionado que la proporción de esos judíos antes de la Segunda Guerra Mundial, con relación a los judíos de todo el mundo, era de un 7%. Es un hecho sorprendente, pues muchos israelíes creen que esa proporción era poco más o menos como la del Israel actual, más o menos mitad y mitad de judíos occidentales y orientales. Lo cierto es que, cuando el sionismo como movimiento político emergió, los judíos orientales eran demasiado pocos y estaban demasiado lejos para entrar en el horizonte de los judíos de la Europa oriental.

Con la inmigración sionista a Palestina se produjo una inmigración de los países árabes, principalmente de Yemén, motivada por el anhelo mesiánico de la tierra santa. En los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, en Palestina había un 15% de judíos orientales.

La destrucción de los judíos europeos por los nazis, y el confinamiento durante muchos años de los judíos en la Rusia comunista robó al sionismo sus partidarios naturales en la Europa oriental. Después de 1948, la inmigración procedente de países islámicos se convirtió en la dominante en Israel. De modo que los judíos orientales se convirtieron en muy importantes en el proyecto sionista de construir Israel. Pero esto es un desarrollo relativamente tardío. Los judíos de países islámicos no estaban en el origen del sionismo político aunque eran intensos poseedores del anhelo tradicional de Sión. Hay una tercera comunidad en Israel, la comunidad religiosa ultraortodoxa, que históricamente fue hostil al proyecto sionista, y contra quien se rebeló el sionismo secular y moderno ortodoxo. Esta comunidad era percibida como una comunidad moribunda, pero la paradoja es que esta comunidad está floreciendo en el moderno Israel sionista, más que ninguna otra comunidad en número e instituciones. La historia de cómo sucedió esto es larga. Pero la corta es que ha sucedido. De modo que Israel está hoy sujeto a tres clases de tensiones internas entre sus ciudadanos, excluyendo a los palestinos en los territorios: judíos y árabes, religiosos y no religiosos, judíos asquenazíes y sefarditas. Cada una de esas tensiones puede hacer saltar por los aires una sociedad, pero lo que hace que Israel siga en marcha e incluso prospere es que no hay una tensión sino tres. Cuando una tensión se vuelve demasiado intensa es normalmente sustituida por otra. “Si vosotros queréis, no es un sueño”, dijo Herzl a su pueblo. Lo que olvidó fue decirle que es un sueño que puede fácilmente convertirse en una pesadilla. El proyecto de Israel es que siga siendo un sueño y no una pesadilla. —

Traducción de Ramón González Férriz